



The Roaring Forties: Seven Boards in Seven Days (1997), de Tacita Dean.

Fundamento y fanatismo

La muestra *De mar en mar* abarca 14 años de producción artística de Tacita Dean en torno al mar: películas, dibujos y fotografías en los que se entreve su singular visión del mundo

Por Ángela Molina

LA EXPOSICIÓN DE TACITA DEAN en Santander es compacta y admirable, el exponente de un trabajo frágil y contingente que

exige del espectador la renuncia a la ojeada libre para fijarse en la claridad de lo ordinario y lo desapercibido, de las formas concretas de objetos que van perdiendo los últimos vestigios de sí mismos antes de su desaparición. Dean viene de la

tradición de la mejor pintura de paisajes inglesa y, aunque su técnica no sea el lienzo, pinta efectivamente cuadros. Como los impresionistas, lo hace con el filtro de la ficción técnica para transmitir la frescura óptica de la naturaleza más indómita.

En su caso, el medio —el cine en 16 milímetros, la fotografía analógica y el dibujo con tiza sobre un encerado— es fundamento y fanatismo.

Afincada en Berlín desde 2000, la trayectoria de Tacita Dean (Canterbury, 1965) ha sido más bien silenciosa, la de una archivera que ordena escrupulosamente pequeñas historias perdidas o marginales, pero también la de una detective que investiga un suceso sin un plan fijo ni un destino concreto, a través de imágenes y textos fácticos o ficticios que rinden culto a la nostalgia.

La obra ahora reunida en la Fundación Botín abarca 14 años (1994-2008) y muestra su particular visión del mundo concentrada en mares y océanos. Su táctica comienza por rastrear un acontecimiento, como en la película *Girl Stowaway*, realizada a partir de la fotografía de una joven polizón llamada Jean Jeinnie, quien en 1928 se escondió en el barco *Herzogin Cecilie* en travesía desde Australia a Inglaterra. La nave naufragó y años más tarde fue remolcada a la costa sur de Devon donde finalmente se partió en dos. Dean construye una narración en la que se entretienen una serie de coincidencias, con alusiones a Jean Genet, David Bowie o al caso del asesinato de una niña perpetrado el mismo día que la artista rueda su filme. El "texto" final permite al espectador pensar e imaginar infinitamente, sin jerarquías.

Otras películas tratan sobre *Cómo meter un barco en una botella* (1995) o de la desaparición de un hombre de negocios arruinado llamado Donald Crowhurst, quien en 1968 competía por ser el primero en dar la vuelta al mundo en solitario y sin escalas, un acontecimiento que la artista relata en tres cortometrajes (1996-1999) y una serie fotográfica que documenta el estado final del trimarán, varado en las costas de una isla lejana en el Caribe como si fuera el esqueleto de una criatura extinguida. Dean deja que el archivo de sucesos e imágenes se vaya ampliando hasta que las casualidades la llevan a encontrar en la misma isla la llamada *Casa Burbuja*, una vivienda construida para resistir los huracanes, con su forma de huevo y sus ventanas en cinemascopio ante el mar. Su estado ruinoso la convierte en vestigio de otra era, el símbolo de la visión futurista fracasada.

Los *Storyboards* son series de dibujos hechos con tiza sobre grandes pizarras, y representan escenas de marineros en alta mar en su lucha contra el implacable oleaje. En estructura e intensidad, estos dibujos son como un extraño eco excavado en las paredes de la prehistoria: implacables, uterinos. ●

De mar en mar. The Sea Works of Tacita Dean. Fundación Botín. Marcelino Sanz de Sautuola, 3. Santander. Hasta el 12 de enero de 2014.

EXTRAVÍOS / *Samurái*

Por Francisco Calvo Serraller

AL FINAL DE SU NOVELA CORTA, titulada *La pagoda de cinco pisos*, publicada en nuestra lengua junto a la que le da el título al libro, *El samurái barbudo* (Satori), con una espléndida versión castellana de Naoaki Shimada, el escritor japonés Kōda Rohan (1867-1947) describe el efecto de aquel edificio sagrado del templo de Kanno-ji de la siguiente manera: "Si se observa desde el oeste, a veces desde el alto alero, la luna se muestra luminosa y brillante; cuando se contempla desde el este, la balastrada engulle el rojizo sol del ocaso". Esta bella descripción del edificio desde una doble perspectiva cardinal no se limita, sin embargo, a su variado esplendor físico, sino que con ella se remata simbólicamente el sentido de toda trama narrada, que nos relata la disputa entre dos maestros de obras, Genta y Jubei, que pugnarán encarnizadamente entre sí por obtener el privilegio de construirla. Más: porque ambos representan arquetipos de artistas, el famoso enriquecido frente al paupérrimo infame, y, en fin, las dos caras de la naturaleza humana.

Perfectamente construida desde una perspectiva literaria, en la que la acción dramática nos mantiene en vilo, es cierto que esta novela descuida los pormenores

psicológicos en favor de sacar la máxima enjundia a lo simbólico, por lo que Kōda Rohan ha sido calificado como "idealista", lo cual es aceptable si no se entiende este juicio como contrapuesto al de "realista", ya que la realidad humana está entretejida por algo más que por las singulares inclinaciones íntimas de una personalidad singular. En todo caso, Kōda Rohan, nacido justo al comienzo de la era Meiji, cuando Japón se vio arrastrado por un imperativo de una acelerada modernización occidentalizadora, fue uno de los primeros escritores que recapituló sobre la identidad cultural de su asediado país, tratando de salvar lo mucho que tenía de universalmente ejemplar. Aunque física y voluntariamente aislado del resto del mundo, hay dos rasgos característicos en la vieja historia de Japón: el cultivo del arte y el de la guerra, entremezclados en la figura prototípica del samurái, personaje en el que confluyen toda clase de refinamientos éticos y estéticos, además de los propios de una fiera belicosidad.

En este sentido, casan muy bien los dos relatos compilados en el libro que comentamos, porque el segundo, *El samurái barbudo*, nos relata el célebre episodio de la batalla de Nagashino, en la que se enfrentaron los

tres grandes clanes supervivientes, los de Takeda, Oda y Tokugawa, sellándose entonces el pacífico destino posterior de Japón durante los dos siglos y medio posteriores. En medio de este clamor guerrero, pleno de lances heroicos, lo maravilloso de Kōda Rohan es haber centrado su relato en la conversación cruzada entre los veteranos generales del clan Takeda la noche anterior a la decisiva batalla, cuando todos ellos saben de antemano que van a ser derrotados y, por tanto, a perecer, y cada uno entonces su adiós a la vida como una celebración de esta y de su justa fatalidad. Esta excepcional charla melancólica de los que van a morir sin un ápice de desánimo es el más bello cuadro existencial que pueda concebirse, como también lo es la clave lírica con la que salpica Kōda Rohan cualquier detalle. Por ejemplo, la descripción física de la joven llamada Dama Tamae, hermana de un samurái, Yanagi Muneharu Kotaro, muerto tras buscar denodadamente su final, cuando, desolada por la pérdida y sedienta de venganza, nos es presentada, a la luz de una tenue llama titilante, con sus pupilas brillante "como gotas de rocío bajo la luna y su tez inmaculada recordando el color del peral al amanecer". ●